



FILEY[®]
FERIA INTERNACIONAL
DE LA LECTURA YUCATÁN



UC-Mexicanistas

DT

David Toscana

ALEAGUARA

David Toscana
Olegaroy



ALEAGUARA

David Toscana
El peso de vivir
en la tierra



David Tos
Evange

Cortesía portadas: Penguin Random House

ÍNDICE

David Toscana

Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco 2024.....3

Cuentos

El cacomixtle.....12

El nuevo.....20

Inicios de novela

El peso de vivir en la tierra.....32

Olegaroy.....35

Evangelia.....37

La ciudad que el diablo se llevó.....42

Artículos

“*Si yo fuera dios*”48

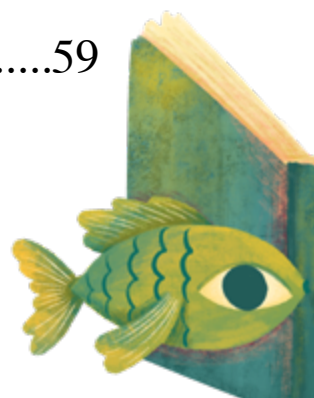
“*El placer de la relectura*”50

“*Recuerdos de la mala literatura*”52

“*Libros expósitos*”54

“*La soledad del corredor del fondo*”56

“*Lo que se aprende en las novelas*”59



DAVID TOSCANA
PREMIO EXCELENCIA EN LAS LETRAS
JOSÉ EMILIO PACHECO (2024)

María Teresa Mézquita Méndez (FILEY)
Sara Poot Herrera (UC-Mexicanistas)

Gran lector, gran escritor: David Toscana

Dos escritores del signo de Escorpión

Como Sor Juana Inés de la Cruz, David Toscana es del signo zodiacal de Escorpión. Ella, del 12 de noviembre; él, del 7 del mismo mes. Sor Juana, de 1651; David, de 1961. Ella le lleva 310 años; él tiene (hasta el momento), 11 novelas y dos libros de cuentos, además de artículos y sus “Toscanadas” imperdibles de *Laberinto*, Suplemento Cultural del Periódico *Milenio*. Podríamos seguirle los pasos a la creación de la monja novohispana, una obra que ahora llamaríamos multidimensional, que lo fue desde el XVII, pero en esta ocasión nos toca hablar del escritor regiomontano, cuya obra se ubica en la vuelta del siglo XX al XXI. Antes de despedirnos de la Fénix de México, quien seguirá renaciendo de sus cenizas, anotamos que Sor Juana y Toscana son exigentes autodidactas (aunque en 1994 Toscana estuvo en el International Writers Program de la Universidad de Iowa y en 2003 en Berliner Künstlerprogramm). ¿Introvertidos? Sí y no, eso sí: irónicos ambos. Los caracteriza una ironía sonriente, inteligente, profunda, comenzando con ellos mismos para, desde su punto de vista, cuestionar, sugerir nuevos caminos en la creación. ¿Así de fácil? Sí y no: con el talento artístico, el trabajo, la disciplina y, lo fundamental y punto de arranque: la lectura.

Unas bicicletas que no respetan el alto

Se dice que David Toscana empezó a escribir tarde. Pero, ¿qué es escribir tarde, cuando años antes quien ahora escribe ha leído siempre? Primero fue ingeniero industrial y de sistemas (Sor Juana siguió siendo contadora del convento). Luego (o antes quizás) a David le picó su propio alacrán de la escritura. Y en 1992 publicó su primera novela, *Las bicicletas*. Su autor, a punto de cumplir 32 años. Treinta y dos años después, recibe por voto unánime del jurado calificador el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco (2024) –Jacobó Sefamí, Vittoria Borsò, Roberto Domínguez Cáceres, Carmen Boullosa, María Dolores Almazán Ramos–, reconocimiento que otorga la Universidad Autónoma de Yucatán, la Feria Internacional de la Lectura (FILEY) de la propia universidad, y la asociación internacional UC-Mexicanistas.

Esas bicicletas, de las que parece renegar su autor, son el vehículo que no se detiene. Pasará por *Estación Tula* (1995) y se detendrá en *Santa María del circo* (1998). Repuesto su autor del *Duelo por Miguel Pruneda* (2002), se apartará en un lugar remoto para reflexionar y escribir un tratado de estética de la escritura: *El último lector* (2005). Regresa, cruza la frontera y diseña las estrategias de *El ejército iluminado* (2006). Y los pedales de las bicicletas de 1992 siguen girando al vuelo de las teclas de la computadora para, pasando por *Los puentes de Königsberg* (2009), llegar a *La ciudad que el diablo se llevó* (2012). El manubrio frena, el autor cuestiona. ¿Y qué pasaría si el hijo de Dios Padre fuera ... mujer? Y aparece *Evangelia* (2016) que casi de inmediato dio lugar a *Olegaroy* (2017). Todas estas jornadas de producción literaria llegan por lo pronto y, con muchos kilómetros de lectura y escritura, a *El peso de vivir en la tierra* (2022), resultado de un sólido conocimiento de la literatura rusa, de los avatares de sus escritores y de una magna capacidad de la imaginación de David Toscana.

Una novelística muy premiada

Con *El último lector de 2005*, que recibe tres reconocimientos –Antonin Artaud, Narrativa Colima, José Fuentes Mares–, David Toscana inaugura una cadena de premios. Más que un premio, su novela *Santa María del circo* de 1998 fue reconocida en Estados Unidos como uno de los mejores libros del año, y de esta novela se hizo una película. Con *El ejército iluminado* de 2006 recibe dos años después el Premio José María Arguedas. Con *Olegaroy* de 2017, el Premio Xavier Villaurrutia de ese año y el Premio Elena Poniatowska de 2018. Con *El peso de vivir en la tierra* de 2022 llega el Premio Mazatlán 2023, y ese mismo año recibe el V Premio Bienal Mario Vargas Llosa. Esta novela es una importación de Rusia y su literatura a Monterrey, centro del corazón de la obra en su conjunto y de su autor. En sus estructuras superficial y profunda es la estrategia fincada en la libertad de la creación; justicia poética a autores rusos, víctimas del régimen de su época. El Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco, que considera cuatro géneros literarios, cierra por ahora esta ristra de galardones, que promete abrirse de nuevo en la trayectoria sin lugares comunes de David Toscana.

Once novelas, con una toma de agua en dos libros de cuentos

Sin duda David Toscana es más novelista que cuentista, y es la novela el género en que desde un principio ha incursionado mayormente. Sin embargo, en 1997 apareció un libro de cuentos –*Historias del Lontananza*, que en 2003 se titularía *Lontananza* (hay que aclarar que este último no es una reimpresión del primero sino una edición “modificada”)– y nueve años después produjo *Brindis por un fracaso* (2006), una compilación de seis cuentos publicados anteriormente (tres de ellos de las “historias ebrias” de 1997). El primer cuento de *Historias del Lontananza* es “Bienvenido a casa”, ecos de “Bienvenido Bob” del escritor uruguayo Juan Carlos Onetti. La cantina llamada Lontananza es el lugar clave en la creación de los nueve cuentos de estas dos ediciones, que en el segundo libro de cuentos

“brindan” por el fracaso de sus personajes. Toscana es lector de Onetti; Sor Juana y Toscana, lectores de Cervantes.

“Toscanadas” en el “Laberinto” de “Milenio”

“Noticias de Toscanadas” en *Milenio* [<https://www.milenio.com/temas/toscanadas?>] reúne precisamente muchas de sus colaboraciones quincenales. Desde el 29 de enero de 2021 a las “toscanadas” que han estado apareciendo en 2024; de “Hombre que no sabe latín” a (hasta ahora) “Numerones y numeritos”. Las leemos como una especie de inventarios que nos recuerdan el de José Emilio Pacheco. En una de ellas nos habla de sus “mil mudanzas”. En todas lleva su ingenio, su curiosidad, su estado de alerta a las mil caras y más de la cultura de México y fuera de México. En el centro de su mirada, Monterrey, la regia ciudad de este regio escritor.

Regalo para la FILEY: una breve antología, al gusto de David Toscana

Como respuesta a nuestra solicitud –trabajo por encargo– (ah, no sólo a Sor Juana), tenemos esta antología hecha por el propio escritor. Comienza con dos de sus cuentos: “El cacomixtle”, de *Historias del Lontananza* (y también de *Lontananza*) y “El nuevo”, de *Lontananza*. La selección toscana no podía dejar fuera a su cacomixtle (del náhuatl *tlaco-mixtli* / medio-felino); por una parte, animal referido en el cuento y, por otra, personaje viejo y solitario que atiende en la cantina Lontananza. Odilón (es su nombre) intenta seguir los pasos de un *Manual del bartender* que compra, pero las carencias de su cantina no tienen nada que ver con el bar “ideal” que pretende el manual del “bartender”. “El nuevo” es la historia de un burócrata fracasado. El fracaso, uno de los temas recurrentes en la narrativa de David Toscana. Eso sí, no cualquier fracaso en la estructura superficial, aunque sí, sugeriría Ricardo Piglia, son todos fracasados en la estructura profunda de sus historias.

De estos dos cuentos, David Toscana pasa a seleccionar fragmentos de cuatro novelas, de la más a la menos reciente: *El peso de vivir en la tierra* (2022), *Olegaroy* (2017), *Evangelia* (2016) y *La ciudad que el diablo se llevó* (2012). En la primera, Nicolás (en ruso Nicolai) desde Monterrey se entera de la muerte de tres cosmonautas, al regresar la nave a la tierra. ¿De qué morirían? Nicolás llega a su casa, abraza a su esposa y le dice que morirán con los cosmonautas rusos: “«Nuestros corazones», dijo, «no soportarán el peso de vivir en la tierra.»”

Olegaroy es la vida del personaje que se llama igual que la novela. Sufre de insomnio y sus ocurrencias podrían derivar en sentencias filosóficas; la “inocencia” en interpretaciones complejas. La biografía de *Olegaroy* (como en algún tiempo le llamaron sus amigos a David Toscana, quien no tiene nada que ver con el personaje más que ser su autor) comienza cuando tiene 53 años. Es el 8 de abril de 1949. ¿Y qué sucede? ¿Es la edición del periódico “El Porvenir” lo que desenlaza la nueva vida de Olegaroy? ¿O el crimen de la joven Antonia Crespo? La novela no propone soluciones, no se “autodestruye” sino que va trazando líneas impredecibles.

Evangelia de 2016 anuncia desde su título que el personaje femenino se impone. Una especie de reivindicación, una lectura al revés de la Biblia. José y María no tendrán un hijo sino una hija. Aunque “norteados”, Melchor, Gaspar y Baltasar caminan guiados por una estrella y van llevando al lector al meollo de la novela. Es una lectura “femenina” de la Biblia porque, sí, ¿qué ocurriría si en el pesebre de Belén María hubiera parido una hija y no al niño destinado a convertirse en Cristo? La respuesta – más divertida que irrespetuosa (o ambas)– la encuentra la lectura de esta novela.

La ciudad que el diablo se llevó es una novela sobre Varsovia, de la que su autor dice que es el único de sus libros donde se recrea una ciudad europea. Cuatro sobrevivientes de la guerra dialogan sobre la muerte, el cementerio. La sobrevivencia se llena de vida desde las voces (todas distintas entre ellas) de quienes han escapado de la muerte. Los salva el sueño, la ilusión, un futuro sin futuro. Los salva la palabra. Un nuevo registro temático y formal en la novelística de David Toscana. A la ciudad se la llevó el diablo,

y los cuatro sobrevivientes hablan del pasado mientras ilusionan una nueva vida que inventan desde la alegría precisamente de estar vivos.

Los cuatro fragmentos de las novelas que su autor ha leído son una invitación para nosotros, y no sólo de estos cuatro títulos sino de su novelística, reseñada, traducida, premiada; una narrativa que de par en par ha abierto sus páginas, con la imaginación de David Toscana, a partir de sus “bicicletas” de 1992.

Seis textos “suelos”, entre ellos, algunas “Toscanadas”

Escogidas entre muchas, para esta antología el autor elige seis de sus reflexiones culturales, literarias, personales: “Si yo fuera dios” (*Laberinto*, Suplemento Cultural de *Milenio* 477; agosto 4 de 2012); “El placer de la relectura” (*Babel*; 11 de junio de 2011); “Recuerdos de la mala literatura” (*Laberinto*, *Milenio* 470; junio 16 de 2012); “Libros expósitos” (*Letras Libres* 33; 22 de enero de 2021); “La soledad del corredor de fondo” (*Letras Libres* 13 de agosto de 2021); “Lo que se aprende en las novelas” (*Letras Libres* 1° de octubre de 2021). Los títulos proponen humor, bienestar, mala experiencia, abandono, soledad, aprendizaje. Son los puntos de vista de un escritor alerta, actualizado, con criterio y crítica cultural, literaria; coherentes entre sí. Es importante remarcar esta capacidad crítica –un género más–, directa, los puntos de vista de un escritor que lee y sigue aprendiendo.

David Toscana por él mismo y por nosotras

Sin personajes no habría novelas en su narrativa, nuevos personajes de otras y de esta época. Comenta acerca de ellos en las entrevistas y platica con ellos, como si fueran sus cuates y no criaturas por él inventadas. Autor y narrador enfocan en el personaje. ¿Dónde? Mayormente en Monterrey

(real y ficticio), desde donde parte (y se queda siempre) el autor. No se queda pero tampoco se va. Viaja hacia sus interiores, crea en espacios habitados por su propia imaginación. Sus lecturas son sobre todo relecturas: de la Biblia, la filosofía, la literatura: de México (“todo México es Monterrey”) a Uruguay, a Europa. Su imaginación parte de sus lecturas y éstas derivan en su propia imaginación en la que la intuición también participa. David Toscana cuenta (y no) su vida y ésta es su infancia –la cercanía al cementerio; dice que de niño hablaba con los muertos–. Y le creemos. En los años cuarenta no había nacido pero su ficción tiene mucho que ver con esos años. Podemos afirmar (reafirmar, a partir de sus propios comentarios) que su imaginación se da a partir de un buen libro, el libro del buen narrar. Una frase clave (por cierto, en su narrativa se cuelan citas textuales) es, y así lo dice, que “la realidad está en la literatura”.

*El Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco 2024
para David Toscana*

Se anunció el domingo 3 de diciembre de 2023, al concluir el XXVI congreso internacional de UC-Mexicanistas en la Feria del Libro de Guadalajara. Entregado el sobre cerrado por el representante del jurado, lo abrimos con gran emoción. El nombre, David Toscana. El público se enteró antes que él. Le hablamos por teléfono y, a pesar de que era la madrugada en Madrid donde ahora vive, David contestó. Le dimos la noticia, aceptó encantado. Sus novelas, sus “toscanadas” en el periódico, sus entrevistas, sus cuentos, fueron sin lugar a dudas considerados en la deliberación del premio. No lo dice (y poco se sabe) pero fue traductor de Musitrón, un estudio de Monterrey donde se doblaban las canciones de las películas de Disney. Era la época –años noventa–, cuando viajaba en un auto muy grande que cruzaba el desierto llevando en la cajuela una computadora grande también. Llegaba con su saquito justo y decíamos que era el Bob Dylan de la literatura mexicana.

Se llama David, nombre bíblico. El “nuestro” –David Toscana– igual-

mente toca muy bien el arpa de la escritura, y es también un guerrero muy osado con la literatura; además, sabe hablar bien. Escribir, también. Y leer, leer, leer. Sor Juana dijo haber aprendido antes de cumplir los tres años y leyó toda su vida, un hábito prendido en la piel de David Toscana. Ella, él, se hicieron al ritmo de la palabra escrita, que empezaron a dominar como segundo paso al que dio pie la lectura. El Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco es para escritores que, al menos, dominan cuatro géneros. El quinto, el de la lectura, sería un género más, entre los mayores.

Supimos de David Toscana por medio de José Emilio Pacheco cuando hace alrededor de 30 años nos dijo que una nueva literatura se anunciaba y mencionó su nombre. El *Inventario* de José Emilio tiene ahora un interlocutor en él, autor de las *Toscanadas*, de dos libros de cuentos – sus cercanas “lontananzas”– y de once novelas que van de *Las bicicletas* de 1992 a *El peso de vivir en la tierra* de 2022. La flecha que atraviesa su obra lleva ahora un sello más con el número 12: el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco.

Cuentos

El cacomixtle

(Del libro *Lontananza*, Ed. Sudamericana, 2003)

El hombre llevaba varios minutos viendo la fotografía. La regresó al bolsillo de la camisa para tomar la botella de cerveza y servir su contenido en el vaso; una camisa sin cuello, blanca, con una raya roja y otra verde. Bastante fea, pensó Odilón, me recuerda el uniforme que usó México en el setentaiocho. El hombre echó un vistazo lento al resto de los bebedores, volviendo completamente el cuerpo para observar incluso a los que tenía a su espalda. Recargado en la barra, Odilón la interpretó como una mirada triste y retadora, y se le ocurrió que el hombre llevaba una pena encima y de seguro buscaría cobrársela con alguien.

No le importaban los problemas de sus clientes; sin embargo, en ese momento presintió que podían presentarse dificultades para él y su negocio. Había recordado otra ocasión en que un hombre con la misma forma de mirar estuvo bebiendo largamente: comenzó con cerveza, siguió con jaiboles y terminó con mezcal, cada vez con ojos más desafiantes e inquisitivos. Por fin, de tanto mirar a uno de los clientes, provocó la pregunta: ¿qué me ves? De inmediato comenzaron los golpes. Uno de ellos sacó su navaja y el piso terminó cubierto de sangre. Al día siguiente, mientras limpiaba la costra seca, Odilón se lamentó de no haber actuado antes. Se hubiera ahorrado un muerto y las dos horas que le tomó cepillar el piso con amole, se hubiera ahorrado los cuestionarios de la judicial, el andar respondiendo por gente que ni conocía y la botella de creolina que hubo de verter por todo el suelo para matar lo vivo que quedara del muerto y que durante una semana le impregnó la cantina con un olor profundo a hospital.

El hombre agitó su botella vacía en señal de que deseaba otra. El mismo Odilón fue hasta su mesa y la colocó junto al vaso. Ahí la destapó. Quería medir de cerca sus intenciones y sus agallas, y de paso aprovechó para recoger dos envases vacíos con sus respectivas corcholatas.

—¿No hubo suerte? —preguntó Odilón.

—Ninguna —respondió el hombre, otra vez con la fotografía en la mano.

Las botellas se destapaban frente al cliente porque por esos días se realizaba una promoción de la empresa cervecera en la que regalaban desde una cerveza hasta un automóvil. La pregunta de Odilón fue acerca de la promoción, pero supuso que el hombre le había respondido sobre la vida. Distinguió que la fotografía era de una Polaroid, de esas instantáneas. La reconoció por su forma cuadrada, por su grosor y por el color negro del reverso. Aunque no alcanzó a ver la imagen pensó que estaría muy mal definida, pues él mismo era dueño de una Polaroid y, sin importar la cantidad de luz, las fotos siempre resultaban como si se hubieran tomado de noche, los rostros lucían verdosos y los detalles, como un lunar o una arruga, simplemente no se dejaban ver. Por eso metió la cámara en un cajón y nunca más le dio por sacarla.

Regresó a la barra, desde donde procuró no quitarle la vista al hombre. Se preguntó cuál sería la estrategia correcta: echarlo o hablar con él. No consideró la opción de dejarlo hacer, de esperar. Echarlo, pensó Odilón, puede ser lo peor, porque lo tendría que hacer yo mismo y luego soy yo el que recibe el golpe o la cuchillada o el balazo. No tiene cara de ser buen bebedor, ¿aunque cómo estar seguro? Apenas lleva tres cervezas, y tres cualquiera las aguanta.

No le quedó sino hablar con él, una fingida charla entre amigos para mandarlo de vuelta a su casa.

—Ai te encargo, Güero —le dijo a su ayudante—, voy a atender un asunto.

Destapó una cerveza y, como no había premio, sacó de un cajón una

corcholata de la noche anterior que regalaba un six pack.

—Mire, amigo —se dirigió al hombre—, hoy es su día de suerte.

El hombre tomó la corcholata y la observó con poco interés.

—Yo no pedí esta cerveza.

Lo que menos esperaba Odilón era un arranque de honestidad; un premio era un premio y debía aceptarse aunque fuera inmerecido.

—Tome la ficha y vaya a canjearla en cualquier depósito.

Odilón se dio cuenta de que había muy poca diferencia entre lo que dijo y echarlo del local. Pensó rápido en una forma de arreglar sus palabras, lo que menos quería era portarse violento.

—Entonces tráigame seis —dijo el hombre, cuidando que la imagen de la fotografía no fuera visible para Odilón—. La quiero canjear aquí.

Dos meses atrás, Odilón había leído un libro titulado *Manual del bartender: la guía práctica para administrar con éxito un bar*. Muchas veces lo vio en el aparador de la revistería que estaba a tres cuadras del Lontananza. Las primeras veces sólo le causó risa: él sabía perfectamente cómo administrar su negocio; lo que menos necesitaba era que un tal Lyonel Baldwin le diera consejos. Sin embargo, cada vez que se asomaba al aparador el libro le tentaba un poco más. Por fin, en una de tantas, se animó a entrar. La contraportada con el rostro del autor le dio confianza: era un hombre de salud bastante precaria, cabellera muy rala pero uniforme, ojos saltones y brillantes, piel seca y rostro mal rasurado. Odilón no lo creyó un hombre que administrara bares, pero sí uno que los visitaba asiduamente. Pagó el libro y lo leyó en dos tardes.

Al principio le decepcionó lo que estaba leyendo. El autor, al fin pensando en bares de primer mundo, hablaba sobre la instalación de computadoras para controlar el inventario de alcoholes, la nómina, el consumo de las mesas y el de los clientes asiduos; la forma de negociar contratos con las compañías de cable para tener al más bajo costo HBO, MTV, Playboy

Channel o las peleas de box de campeonato mundial; el tipo de bebida preferido según cada segmento social, sexual y racial; la responsabilidad moral del encargado o propietario de un bar con respecto a los bebedores menores de veintiún años y las consecuencias legales en caso de que alguno de ellos se viera involucrado en accidentes o crímenes. El libro de trescientas noventa y seis páginas también incluía las recetas de las mil bebidas y combinaciones más populares en el mundo. ¡Mil!, se sorprendió Odilón. En el Lontananza no servimos más de diez. De hecho, Odilón se jactaba de esa falta de variedad y seguido platicaba sobre la ocasión cuando tres norteamericanos le pidieron unos margaritas. Los mexicanos no tomamos esa mariconada, dijo, se inventó para los gringos que no aguantan el tequila. De cualquier modo guardó el libro en un cajón de la barra y se propuso consultarlo si alguna vez otro extranjero le solicitaba una bebida fuera de lo acostumbrado. Al final de la lectura, sólo el capítulo titulado Cien preguntas le pareció valioso. El autor aseguraba que un cantinero debía ser lo suficientemente original como para evitar conversaciones acerca del clima o la salud. Para comenzar una charla, había que soltar cualquiera de las cien preguntas que él recomendaba. Dichas preguntas eran tan superficiales que no determinarían el rumbo de la conversación, sino que daban total libertad para que el cliente hablara de lo que quisiera. Odilón se propuso memorizarlas y las leyó una vez tras otra. Y no es que en un momento dado pudiera enumerar las cien preguntas, sino que ya en otras situaciones, si resultaba oportuno, le venía a la cabeza cualquiera de ellas. En ese instante, viendo las rayas verde y roja del hombre frente a él, recordó la pregunta número veintitrés:

—¿Dónde compró la camisa?

Odilón hizo una reverencia mental a Lyonel Baldwin. En lo que el hombre le respondía, él mismo elaboró una serie de posibilidades: fue un regalo, en tal tienda, me la robé, perteneció a mi difunto padre... Y si había sido un regalo ahora podían hablar de quién se la regaló; tal vez la persona de la foto; y ahora el tema ya no sería la camisa sino la persona de la foto; y...

—En Centro Pantalonero —dijo el hombre.

Lástima, pensó Odilón. Comprarla en una tienda era la opción que daba menos posibilidades. Lo del regalo, el robo o el padre muerto era más explotable.

—Qué raro —dijo Odilón—, ahí deberían vender pantalones.

—Sí venden.

—Quiero decir sólo pantalones.

El hombre fue moviendo lentamente la mano hasta poner la fotografía de vuelta en el bolsillo.

—También venden cintos —dijo—, y ropa interior y creo que lociones.

Según Lyonel Baldwin, a más tardar en la tercera intervención se podría identificar el rumbo por el que el cliente quería llevar la conversación, y aunque Odilón no pensaba que el hombre deseara hablar de ropa interior, optó por respetar al maestro.

—¿Ahí surte usted sus calzones?

El hombre levantó la cara y mostró una mirada ya no triste y retadora sino incrédula. Luego se echó a reír con una mueca cargada de burla. Odilón prefirió pensar que nunca hizo la pregunta y que jamás oyó hablar del tal Baldwin. Soy un pendejo, se dijo, y sintió la necesidad de reivindicarse ante el hombre.

—Voy por sus cervezas.

En el camino quiso formular una conversación inteligente. Pero qué podía saber un viejo que ni siquiera dominaba su oficio de tantos años. Mil bebidas, pensó, y yo sólo preparo diez. A los clientes les gustaba hablar de política, deportes y mujeres; asuntos en los que todos se la daban de expertos porque al fin nadie entendía. Odilón ni siquiera llegaba a eso. El Manual del bartender era el único libro que había comprado desde que abandonó la secundaria, y la televisión, salvo por los juegos de fútbol, sólo la veía por casualidad. Nadie puede fingirse inteligente, se dijo, hablando de goles o tiros de esquina.

Atrás de la barra, le advirtió su padre al heredarle el negocio, eres el jefe. Nunca te sientes a beber con nadie porque te perderán el respeto. Odilón apretaba los dientes porque había roto una regla más valiosa que toda la vida y descendencia de Baldwin, y ahora no le quedaba sino volver a romperla y regresar a esa mesa donde dejó el respeto. Recordó que la semana anterior, mientras intentaba dormir, alcanzó a ver un reportaje sobre el cacomixtle, un animal que se mete en los gallineros y, por puro placer, se pone a matar cuanta gallina encuentra aunque con sólo una satisfaga su hambre. Descartó la idea de hablar sobre eso. También recordó que una vez un recién converso le dijo que cuando se llenaba de dudas, abría la Biblia en una página al azar y, poniendo el dedo en cualquier línea, daba con la respuesta necesaria. Sin descuidar al hombre, Odilón sacó del cajón el Manual del bartender e hizo como le indicó el converso. La línea donde puso el índice decía: “Al servir cerveza en un vaso perfectamente limpio se formará una espuma gruesa, compacta, cremosa. La cerveza lucirá clara y libre de burbujas de gas”. Odilón pensó en sus vasos, en la espuma que se iba como si fuera de Coca-Cola. Sacó del hielo un six pack y se lo llevó al hombre.

—Usted tiene un problema —le dijo.

El hombre asintió.

—Y necesita desquitarse.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el hombre.

Odilón se sintió satisfecho. Tal vez esa curiosidad era síntoma de que no lo consideraba un estúpido. Sólo bastaba recuperar un poco más de respeto para pedirle que se fuera.

—No por nada tengo cuarenta años en este negocio —respondió.

El hombre le tendió la fotografía. Era una mujer de rostro difuso y verdoso; aparentemente en traje de baño y con una toalla enrollada en la cintura, pero igual pensó Odilón que podía ser un vestido escotado y sin mangas.

—¿Y sabe también de mujeres?

—Sé lo suficiente de una como para no querer saber de las demás.

No estuvo seguro Odilón de si su respuesta había sido buena, sin embargo se inclinó más a pensar que había perdido terreno. El hombre tomó una de las cervezas y le dio un trago. Eran cervezas de lata que no participaban en la promoción. Luego extendió la mano para solicitar de vuelta la fotografía. Odilón la retuvo un rato, sólo para medir la agresividad del hombre. Éste mantuvo la mano quieta, extendida, paciente.

—Bonita la muchacha —dijo y se la devolvió.

El hombre la guardó en el bolsillo y bajó la mirada. Su expresión había cambiado; era como si se avergonzara de algo. Entonces Odilón supo que se había equivocado: el hombre quería apaciguar su rabia con una borrachera, no con un pleito. Fue a la barra por una botella de tequila y un par de cañas.

—Yo invito —dijo y sirvió un trago para el hombre y uno para él.

Mi padre se avergonzaría de mí, pensó, y le vino a la mente un recuerdo difuso, como en Polaroid, de un hombre más joven que él recriminándolo con la mirada. No le inquietó porque hacía unos segundos se le había ocurrido una frase y hubiera dado cualquier cosa con tal de decírsela a alguien.

El hombre habló un poco, de economía y de política. Nada que le interesara a Odilón, quien se preguntaba sobre la chica de la fotografía. Llenaron de nuevo las cañas y de nuevo las vaciaron. Los ojos del hombre se movían azarosamente y los párpados se volvieron lentos. Al fin llevó de nuevo la mano al bolsillo y sacó la fotografía. Ahora sí, pensó Odilón, el terreno es el adecuado para sembrar mi frase.

—¿Sabe, amigo? —dijo Odilón—, los hombres a veces somos como los cacomixtles...

—Es cierto —interrumpió el hombre y se puso de pie. Odilón ya no pudo terminar la frase ni armar de nuevo su idea. El hombre salió del

Lontananza sin despedirse, sin llevarse las cervezas.

Odilón no quiso volver a la barra. Se quedó pensando en el significado de su frase trunca. Él se acababa de enterar de la existencia de los cacomixtles. No era posible que aquel hombre los conociera al punto de anticipar sus palabras. Le vino un sentimiento de desolación. Pensó que tal vez, sólo tal vez, él había sido creado para ocuparse de asuntos más grandes que atender una cantina. Tal vez portaba un don para formular frases que llegaran al corazón de la gente. Somos como los cacomixtles, se dijo, y le pesaron sus setenta años como nunca y se preguntó qué hubiera sido de él si desde antes, mucho antes, si desde que abandonó la escuela hubiera descubierto ese don. ¿Cuál hubiera sido su suerte? ¿Cuáles serían sus recuerdos? Quizás su padre lo había engañado. Por primera vez se sentaba a hablar con un cliente y, de pronto, se sentía otro, o al menos quería ser otro, un muchacho, aunque fuera un muchacho aproximándose a la muerte. Porque su padre también le advirtió, y en esto no hubo engaño, que la vejez llegaba cuando eran más los recuerdos que los sueños. Y ahora mismo Odilón presentía un sueño; apenas lo presentía porque no alcanzaba a moldearlo, a definirlo; era una voz difusa y no distinguía de quién era ni de dónde venía. Y aunque lo intentaba, no podía ocuparse de desentrañar ese presentimiento sin que una y otra vez le cayera encima el recuerdo de su padre. El recuerdo, otro más. Odilón se dijo que, también, uno es necesariamente viejo cuando piensa en su padre y viene la imagen de un hombre más joven. Se sirvió otro tequila y decidió ponerse a prueba con su última lectura. Ahí podría estar la clave, en formular una frase poderosa y transmitirla de mesa en mesa, sentado con sus clientes. Las mujeres son como espuma de cerveza, pensó. Un vaso limpio es la vida sin burbujas, pensó. Los recuerdos deben lavarse como un vaso donde los sueños flotan en burbujas, pensó. La espuma cremosa, gruesa y compacta es la belleza de una mujer ante los ojos de un cacomixtle, pensó. Negó con la cabeza, tapó la botella y volvió a la barra. Se puso a atender sin ánimo a los clientes, con la sensación de que aquél hombre de la camisa a rayas le había encendido la luz por un instante, sólo por un instante.

El nuevo

(Del libro *Lontananza*, Ed. Sudamericana, 2003)

Víctor ensartó el tenedor en su cena de huevos con papa al tiempo que hacía un esfuerzo consciente por establecerse en cuerpo y alma dentro de la quietud de su departamento, para al fin dejar atrás el trabajo de la oficina. Mariana le preguntó cuántas tortillas quería y, como él no respondió, puso cuatro en el comal.

—¿Y cómo te fue hoy?

—Muy bien —respondió él—. Ya sabes que siempre me va bien.

Al cabo de un rato Mariana apagó la hornilla y echó las tortillas calientes sobre la mesa. Encendió el televisor y esperó unos segundos a que despertara la pantalla. La primera imagen fue un comercial de cosméticos. Víctor levantó la vista para no perder detalle de la modelo. Ella apagó el televisor, disgustada, y él volvió a sus huevos con papa.

—¿No vas a ver tu novela?

—Ya me aburrí.

—Entonces pon el noticiero.

—Mejor veo la novela.

Y aunque no encendió el aparato, ambos se quedaron viendo la pantalla fijamente. El silencio interior dejó que entrara una risa del departamento de al lado y el rumor del agua corriendo por la tubería. Luego fue el rechinar

del tenedor sobre el plato, tratando de rescatar hasta el último rastro de huevo. A Víctor le pareció que la risa era un ruido molesto si él no tenía nada de qué reírse.

—Ya contrataron al nuevo —habló con la sensación de que alguien lo interrogaba.

—¿Eh? —preguntó Mariana distraída, mientras se levantaba para recoger los trastes de la mesa. Notó que el vaso aún tenía un poco de leche y prefirió dejarlo donde estaba.

Por la tarde, cuando le presentaron a su nuevo compañero de oficina, Víctor sonrió y se puso de pie para saludarlo. Le dijo “estoy a tus órdenes” y le explicó que era un gusto contar con sangre nueva en el departamento, que había muchos proyectos muy interesantes y que trabajando en equipo darían el mejor resultado; que no dudara en consultarle cualquier cosa y que él, con todo gusto, le ayudaría en lo que pudiera. Luego apretó los puños y los dientes y se las arregló para no dirigirle la palabra en el resto del turno.

—Te compré un regalo —dijo Mariana mientras enjabonaba los trastes—. Al rato te lo doy.

Él sonrió y tuvo un impulso de ir a abrazar a su mujer, pero se entretuvo pensando en qué le diría mañana al nuevo compañero para darse a respetar. Desde hacía rato le daba vueltas una frase en la cabeza. “Mira, niño, cuando tú naciste yo ya estaba aquí”, sin que pudiera decidirse si estas palabras lo acreditaban como un hombre de experiencia o si, de plano, inspiraban lástima.

—Ya contrataron al nuevo —repitió y en seguida se esfumó el impulso del abrazo.

—Ah —Mariana se inclinó hacia el fregadero, fingiendo interés, cuidándose de que su marido no la viera torcer la boca—. ¿Y cómo se llama?

—Da lo mismo; es uno de esos muchachitos seguros de que en la

escuela les enseñaron todo.

También le comentó que era un informal, porque a quién se le ocurría llegar a su primer día de trabajo con pantalón de mezclilla y playera de rayas.

—Bueno —dijo ella—, para eso es joven —y a él se le revolvió la cena al ver que su mujer justificaba al nuevo compañero con un argumento tan vacío.

A lo lejos el tren silbó con especial insistencia. Víctor se secó el sudor con la servilleta.

—Debo hacer algo —dijo, y se paró de la mesa para encender el televisor; sin embargo, a medio camino modificó el rumbo y se echó sobre el sillón.

En los casi veintidós años que tenía de ocupar el mismo puesto había visto pasar ocho compañeros. Cinco de ellos fueron promovidos y los otros tres abandonaron la empresa en busca de mejores oportunidades. Incluso el director general había sido en una época su compañero de oficina.

—¿Como qué?

No hubiera querido responder, pero su mujer, frente a él, con los brazos cruzados, mirándolo fijamente, lo hizo sentirse con obligación.

—Trabajar más duro. No puedo dejar que este muchachito me brinque.

—También dijiste eso... —Mariana se detuvo en seco. Había abierto la boca sin pensar y ya no quiso levantar la vista para encontrarse con los ojos de su marido. Por suerte recordó la compra que había hecho esa tarde—. Voy por tu regalo.

Nuevamente silbó el tren.

—¿Por qué me tiene que avisar a mí que anda por el rumbo? A mí, que estoy en mi casa tratando de ganarme un poco de paz.

Aunque Víctor no esperaba una respuesta, se le subió la sangre a la cabeza

luego de unos segundos de silencio, luego de una eternidad en que su mujer, otra vez cruzada de brazos, lo miraba con la ausencia de quien ve por la ventana.

—Es que debe advertir a los...

—Ya lo sé —interrumpió Víctor—. No me lo tienes que decir. ¿Pero por qué ha de fastidiar a tanta gente? ¿Por qué nos despierta en las madrugadas? ¿Sólo para advertirle a un imbécil que no se le atraviese? No creo que al maquinista le importe un cristiano más en su lista. ¿Sabes por qué pita? ¿Sabes? —y como Mariana se encogió de hombros, él mismo respondió—. Por joder, nada más por eso.

Mariana encendió el televisor, lo sintonizó en el canal del noticiero y se dirigió a la recámara. A Víctor no le interesó lo que decía un entrevistado sobre la recuperación económica del país. Pensó que quizá debería trabajar una hora más al día. O dos. También estaban los sábados y domingos, todo con tal de asegurarse de que esta vez no lo fueran a rebasar. Y viéndolo bien, se dijo, el nuevo compañero me va a servir de aliciente.

—Mira lo que te compré —Mariana arregló un gesto esperanzado.

Puso en manos de su marido un paquete. Él dedujo que por el tamaño podía ser una cajetilla de cigarros, pero no por el peso. Estaba envuelto en un papel con figuras de velas encendidas y un mono de nieve. Víctor se entristeció al imaginar a Mariana hurgando en pleno agosto entre las cosas de Navidad.

—¿Qué es? —preguntó.

Mariana esperó un rato antes de responder. Se levantó a apagar el televisor y se acercó a la mesa.

—Ábrelo —dijo.

Él arrancó el papel y vio con desagrado que se trataba de un paquete de barajas. Lo observó con detenimiento: el texto en inglés indicaba que eran marca Bicycle, para jugar póquer, hechas por una empresa de Cincinnati, y

con *air-cushion finish*. ¿Acabado de colchón de aire?, se preguntó, tratando de imaginar unas cartas infladas. No necesitó alzar la mirada para saber que su mujer se hallaba en espera de un comentario. Estuvo a punto de darle las gracias y elaborar una frase que denotara entusiasmo, pero acabó por decir:

—¿Y esto?

Ella miró el suelo por un instante, avergonzada, y comenzó a hablar.

—Puede ser divertido. En vez de pasarnos la noche viendo televisión podemos jugar. Me acuerdo que de niña jugaba chinazo, continental, canasta, el burro empanzado, malilla...

Víctor alargó la mano para marcar un alto, pues no tenía paciencia para escuchar más juegos. Guardó el paquete en el bolsillo de la camisa y se paró a encender el televisor. Apenas comenzaba a distinguir la imagen cuando decidió que se había equivocado. Era mejor apagar el aparato y arreglar las cosas con su mujer.

—Pero el paquete dice que son para jugar póquer.

Mariana lo miró sin responder y comenzó a acomodar trastos en la cocina para fingirse ocupada. Víctor pensó en la mañana siguiente, obligado a pasear al nuevo compañero por toda la fábrica, presentándole a los demás empleados y enseñándole los secretos que a él le tomó veintidós años aprender.

—Y de seguro el muy imbécil nomás va a estar interesado en las secretarias.

Ella tardó un instante en comprender de qué hablaba su marido, pero aun después de hacerse una imagen mental del muchacho, prefirió quedarse callada. Una vez más se escuchó una risa del departamento de al lado.

—¿Te vas a tomar la leche?

Víctor fue a la mesa y levantó el vaso. Al colocarlo junto a la lámpara pudo ver las marcas grasosas de los dedos en el cristal y ya no se le antojó.

—Está caliente —dijo, y como Mariana seguía dándole la espalda, agregó—: Nomás salgo por unas cervezas y jugamos el jueguito que quieras.

Sabía que era inútil. Mariana ya no aceptaría jugar. Pero de ese modo podría echarle la culpa a ella y entonces, sin ningún reparo, se sentaría a ver la televisión. Con un poco de suerte pasarían una buena película.

Le agradó el aire fresco, y más en ese momento, pues recordó la ocasión en que el personal de la oficina celebraba algún aniversario. Fue una noche sofocante, de cervezas tibias, y alguien se lamentó de que no corriera el aire. Víctor, casi ebrio, soltó lo primero que le vino a la mente: “El viento sólo corre en libertad”. Todos los que lo escucharon le aplaudieron sus palabras y su jefe le dijo que era un filósofo. Él nunca confesó que no tenía ni idea del significado de la frase.

No había caminado ni media cuadra rumbo al Lontananza, fastidiado por el peso del paquete de cartas en su bolsillo, cuando se le emparejó un taxi y con un tímido pitido lo invitó a subir. Él se dijo por qué no y le hizo una seña al taxista.

—¿A dónde?

—Aquí nomás —indicó—, a Fibras Químicas.

El Volkswagen avanzó lentamente, aunque su motor rugía como si fuera a gran velocidad. Pasaron de largo por el depósito mientras el taxista explicaba que era su último viaje antes de terminar el turno: sí, señor, ya era un poco tarde y en su casa debían estar esperándolo, pero ni modo, ahora la situación estaba más difícil y había que echarle ganas. Víctor deseó tener el carácter para pedirle que se callara, sin embargo se conformó con la idea de que Fibras Químicas no quedaba muy lejos. A las cinco cuerdas llegaron al cruce del ferrocarril. El taxista se detuvo y volteó a uno y otro lado antes de continuar.

—¿Para qué tanta precaución? —preguntó Víctor—. Basta con parar las orejas.

El taxista hizo un gesto de desprecio y se mantuvo callado durante las otras seis cuadras que faltaban para llegar a su destino. Apenas bajó del taxi, Víctor se topó con la cara sonriente del guardia que custodiaba la entrada de la fábrica.

—¿Qué haciendo a esta hora? —le preguntó.

—Ya lo ve —dijo Víctor sin muchas ganas de responder—. Hay que echarle ganas.

Subió las escaleras hacia su oficina. Ya en otras ocasiones había trabajado de noche y, en la caja de interruptores eléctricos, fácilmente encontró los que encendían la sección donde se hallaba su escritorio. Su primer acto fue deshacerse del peso muerto que fastidiaba su bolsillo y jalaba la camisa hacia abajo como si llevara por dentro un pecho que recién amamantó. Bicycle playing cards, leyó, y no pudo evitar una mueca de disgusto cuando vio en el paquete el grabado de un angelito desnudo y montado en bicicleta. Encima del escritorio descansaban unos papeles con cálculos a medio terminar sobre los ahorros que se alcanzarían en caso de implantar un proceso de recuperación de desperdicio de nylon. Víctor encendió la calculadora y comenzó a teclear cifras. Pensó en su jefe, que toda la semana le había estado insistiendo sobre la importancia de esos cálculos y supuso que si no los terminaba rápido, le encargarían el proyecto al compañero nuevo.

—El nuevo —habló en voz alta—. El pinche nuevo.

El aire acondicionado estaba apagado y las ventanas herméticas le dieron una sensación de asfixia. Se desabotonó la camisa y al ver su vientre inflado sintió el placer que da romper una regla. Si el muchacho viene de mezclilla, yo no me cierro la camisa, se dijo, y casi de inmediato se reclamó por lo que consideró un razonamiento infantil y ocioso.

Recordó por qué aún no terminaba los cálculos sobre la recuperación de desperdicio. Le faltaba un dato: el porcentaje de material irre recuperable.

Víctor revisó su plan: le tomaría al menos diez días hábiles obtener las muestras y hacer las pruebas de laboratorio para calcular este porcentaje.

A su jefe le parecería demasiado tiempo, pero ya él le explicaría la importancia de obtener datos precisos. Se puso de pie y ensayó el tono de voz.

—Un pequeño error en los cálculos nos costaría muy caro, ingeniero.

Se sintió satisfecho, aunque sólo por unos segundos, porque muy pronto imaginó al nuevo diciendo que él podría obtener los resultados, igualmente precisos, en menos de una semana. Se quitó la camisa y la arrojó al escritorio del nuevo.

—Desgraciado —dijo.

Supuso que a esa hora su mujer ya lo habría echado de menos, y con ella en mente abrió el paquete de barajas. Se preguntó por qué a esas figuras parecidas a un corazón negro les llamaban espadas; y por qué a alguien se le había ocurrido incluir los tréboles como uno de los palos. No cuestionó ni los corazones ni los diamantes. Ésos están bien, se dijo. Tal como lo esperaba, encontró dos comodines, que en esta baraja eran un par de reyes en bicicleta. Un comodín, además, llevaba impreso un texto que aseguraba que de encontrarse un defecto en la baraja, con gusto le remplazarían todo el paquete. Se puso a barajarlas, y por más que las palpó y oprimió no supo a qué se referían con el *air-cushion finish*.

Escuchó que el tren silbaba en medio de la noche, pero esta vez no le molestó. Puso el mazo de cartas sobre sus papeles de trabajo y con la mano derecha tomó una al azar. El ocho de espadas. ¿Por qué no?, se preguntó, y con tinta roja escribió el número ocho en una hoja repleta de operaciones matemáticas. Es un porcentaje bastante lógico. Se puso en pie y extendió el papel.

—Ocho, ingeniero —dijo.

Apenas se había sentado, reparó en que la realidad nunca era tan precisa, tan redonda. Tomó otra carta: el tres de diamantes, y otra vez se puso de pie.

—Ocho punto tres, ingeniero.

Le pareció fabuloso el poder de las barajas. En apenas unos segundos le habían evitado diez días de trabajo. El as tomaría el valor de uno y el joto, la reina y el rey los de once, doce y trece respectivamente. ¿Para cuándo lo tendrá listo? Como el mes tiene treinta días, podría tomar dos cartas: quizá el cuatro de tréboles y la reina de diamantes. Para el dieciséis, ingeniero. Si necesitaba números del uno al cien sumaría ocho cartas; no era exacto pero la vida tampoco lo era. Y se imaginó que el comodín le daría total libertad para elegir lo que fuera. ¿A qué horas vuelves, Víctor? La reina sería “A las doce”, el comodín sería “A la hora que se me hinche”. ¿Qué canal quieres ver? ¿Cuántas tortillas quieres?

Comenzó a sonar el teléfono. Víctor supuso que era su mujer, sin embargo le pareció tan absurdo estar a esa hora de la noche sentado en su escritorio que le resultó igualmente absurdo imaginarse a su mujer al otro lado de la línea. Mariana más bien debería pensar que me topé con algún amigo en la calle o que me fui a emborrachar. ¿Pares o nones?, se preguntó, y como la carta fue un siete de tréboles decidió no contestar.

Víctor experimentó una felicidad repentina y estuvo seguro de que el nuevo ya no podría brincar; ahora él tendría respuestas precisas e inmediatas para cada solicitud de su jefe. ¿Cuántos operarios necesitamos en tal proceso? ¿Cuál es el mejor proveedor de tales materiales? Fechas, sumas, porcentajes; as, dos, tres, cuatro; todas las cifras bajo la manga.

Se puso la camisa, sin abotonársela, tomó las barajas y salió de la oficina, satisfecho. En la caseta de vigilancia, el guardia le avisó que su mujer le había llamado.

—Ya lo sé —respondió él—, pero vine a trabajar.

Se echó a caminar las once cuadras que lo separaban de su casa; un joto de cuadras, pensó. De nuevo le agradó la brisa de la noche y aun más que cuando salió por las cervezas, porque ahora el viento era más fresco y la camisa estaba desabotonada y el guardia lo había visto salir así y el viento sólo corría en libertad. Continuó dándole vueltas en la cabeza a las posibilidades que le ofrecía el mazo de cartas, y en la medida que le costaba más trabajo generar ideas nuevas, se iba desencantando incluso de las que apenas

unos momentos antes le habían entusiasmado. Si me piden la producción acumulada del año, no sabría si sumar una o diez o todas las cartas. Lo mismo si me piden el precio de algún material. Con el ocho punto tres fui afortunado, porque la cifra no es descabellada, ¿pero qué hubiera hecho con un as? Mi jefe no hubiera aceptado el uno por ciento. Y si me sale un rey con mi mujer, ni modo que me caliente trece tortillas.

Para cuando llegó a las vías del tren había concluido que las cartas sólo eran útiles para decidir entre alternativas, y que entonces resultaba más práctica una moneda. Sí o no. Pares o nones. Eso era todo. Despreció su entusiasmo de apenas unos instantes atrás y, sobre todo, le extrañó que su mente se hubiera desbocado de esa manera sin necesidad de unas cervezas. Se sentó en los rieles y sacó el mazo de cartas.

—Aquí me voy a quedar —dijo en voz alta para sentir que sus palabras se convertían en un pacto—, a menos que saque un as.

Se llevó la mano a la frente en actitud de concentración y palpó el reverso de algunas cartas hasta que se decidió por una. Era el rey de corazones. No se escuchaba el silbato del tren ni se sentía que vibraran los rieles. Supuso que eran pasadas las doce. No había tráfico de autos ni de peatones.

—Todos merecemos otra oportunidad —dijo.

Repitió el proceso de la mano en la frente y de palpar las cartas. Ahora fue un dos de diamantes. Recordó una película en la que, por diversión, unos muchachos se acostaban bocarriba en medio de los rieles y dejaban que el tren pasara por encima de ellos; el ruido era ensordecedor y resultaba excitante ver los vagones, uno tras otro, rozándoles la nariz. Al fin pasaba el cabús y los muchachos se ponían en pie, muertos de risa, mientras terminaban de digerir su adrenalina. Víctor se figuró que, de hacer lo mismo, quizá no tendría problemas con su nariz, pero los vagones se lo llevarían de vientre. Puso ambas manos sobre la barriga y pensó en el *air-cushion finish*.

—Una más —susurró—. La última.

La tercera carta fue el ocho de espadas, la misma que le había servido para calcular el porcentaje. Ahora recordó una noticia sobre unos indocumentados que se durmieron sobre las vías del tren a San Antonio. Sólo uno vivió para contarlo, el de sueño más ligero. Víctor no se decidió si había que estar muy cansado o ser de veras muy pendejo para morir así.

Tuvo la sensación de que los rieles vibraban y tomó rápidamente otra carta.

—Sí —dijo—. Me merezco otra oportunidad.

Sintió alivio al ver que era un comodín, tan bueno como un as. Se puso de inmediato en pie y siguió su camino a casa con el nuevo desencanto por comprender que, a fin de cuentas, las cartas ni siquiera le servían para tomar decisiones. Sólo estuvo seguro de que a la mañana siguiente, pasara lo que pasara, le entregaría a su jefe un reporte que estableciera claramente que el porcentaje de material irrecuperable era ocho punto tres, ni más ni menos. Esos diez días de holgura ya no los dejaría ir y de paso le daría al nuevo una lección de velocidad en el trabajo.

Avanzó con cansancio, con ganas de poseer una bicicleta como la del angelito. Razonó que las cartas le habían salvado la vida en la cuarta oportunidad y él comenzaba mañana su novena oportunidad en la oficina. Ya es justo un golpe de suerte, concluyó satisfecho, y tal vez sea inevitable. Encontró el Lontananza cerrado y, unos metros más allá, divisó a Odilón retirándose con trancos muy lentos, apoyado en los hombros de su ayudante. Víctor ya no tuvo ánimos para buscar cerveza en otro sitio.

Al llegar al edificio se alegró de que todas las luces, excepto la de su departamento, estuvieran apagadas y de que no hubiera voces saliendo por las ventanas. Mientras subía las escaleras sintió unos deseos enormes de agradecerle a Mariana el regalo de las cartas; le pediría perdón por portarse tan frío, por haberse ausentado sin avisarle, por no contestarle el teléfono. Le daría un beso y hasta le pediría de todo corazón que se sentaran a jugar cualquiera de esos juegos que ella le mencionó. Sin embargo, cuando abrió la puerta y la vio tan sola en el sillón, tan desamparada junto al televisor apagado, se llenó de temor y le dijo:

—El nuevo me va a brincar.

Mariana se levantó a abrazarlo, le acarició el pelo y lo llevó a sentarse junto a ella. Ahí, tomándole las manos temblorosas y sudorosas, le dijo con el más grande amor del que fue capaz:

—Ya lo sé, Víctor, y no hay nada que podamos hacer.

Inicios de novela

El peso de vivir en la tierra

(Alfaguara, 2022)

Cuando un compañero de trabajo le comentó a Nicolás que había muerto Jim Morrison, él mostró poco interés. «Hace cuatro meses murió Stravinski», le respondió. «¿Por qué entonces no me dijiste nada?» Aborrecía el empeño de la gente por ser los primeros en dar alguna noticia, sobre todo noticias puntuales: un resultado deportivo, un accidente, una muerte, muchas muertes. Apenas en esa semana le habían preguntado: «¿Supiste que tembló en Chile?» «¿Que aterrizó aquí en Monterrey el avión secuestrado de Braniff?» «¿Que nacieron nonillizos en Australia?» «¿Que asesinaron a veinticinco mexicanos en California?» «¿Que murió Armstrong?» Con esta última noticia Nicolás preguntó si era el astronauta; pero no, se trataba de un trompetista. Nicolás hizo una apuesta consigo mismo y dijo: «¿Supiste que murió Iván Ílich?». El compañero se quedó en silencio. Entonces le preguntó si sabía que habían asesinado a Fiódor Pávlovich Karamazov o que Ana Karenina se había suicidado, que Akaki Akakiévich había muerto febril y trastornado, que uno, detrás de otro, habían muerto alcohólicos, por suicidio, enfermedad o hastío todos los Golovliev, y para cuando preguntó si sabía que Yuri Zhivago había quedado tendido exánime a media calle, ya su compañero se había marchado. En verdad los últimos treinta días habían transcurrido entre muchas noticias de muerte. Comenzaron el diez de junio con los estudiantes masacrados por el gobierno, y ese diez de julio llegaba la noticia del cantante. Pero de entre los muertos por la guerra de Vietnam o por la epidemia de cólera, de entre los nonillizos que uno tras otro fueron dejando de respirar a lo largo de siete días y las hordas de seres humanos que necesariamente se van a la tumba por cualquier razón, Nicolás se interesó por tres muertes que

ocurrieron en las lejanas tierras rusas, o más lejos aún, allá en el espacio exterior, y que los diarios venían reportando desde el primero de julio. «Misteriosamente murieron los cosmonautas rusos», decía el encabezado. Después de veintitrés días en la estación espacial Sályut, la nave que los trajo de regreso había aterrizado suavemente, suspendida de sus paracaídas, pero cuando los técnicos de la agencia espacial abrieron la compuerta, hallaron tres cuerpos sin vida. Ante el silencio soviético, el resto del mundo comenzó a barajar hipótesis. La más plausible era que luego de pasar tanto tiempo sin gravedad, sus corazones se habían detenido al sentir de nuevo el peso de vivir en la tierra; también se hablaba de un sobrecalentamiento al entrar en la atmósfera, una descompresión que los habría reventado antes de que se asfixiaran, o bien por inhalar gases tóxicos. En sus siguientes ediciones, la prensa continuó dando información. Los cuerpos habían sido trasladados a Moscú y serían sepultados en las murallas del Kremlin. Allá llegaron condolencias de todo el mundo, incluyendo las de Nixon, Paulo Sexto y el propio presidente Echeverría. A cada cosmonauta se le había declarado Héroe de la Unión Soviética.

Poco después del entierro, las autoridades soviéticas informaron al mundo que el deceso se había debido a una embolia causada por descompresión de la nave.

Esa tarde Nicolás ya no trabajó. Perdió la mente en escenas de su propia muerte.

Por la noche llegó a casa y encontró a su mujer parada en medio del salón, como si le hubiesen robado su pareja de baile. Nicolás se acercó a la mesa. No se sentó. Se quedó mirando los papeles tachonados y una pila de tres libros. Un vaso vacío. Al fin se acercó a su mujer y la abrazó con fuerza. «Tú y yo vamos a morir como cosmonautas rusos», dijo.

Ella quiso zafarse del abrazo. «¿Asfixiados?», preguntó.

Él la soltó y negó con la cabeza. «Nuestros corazones», dijo, «no soportarán el peso de vivir en la tierra.»

Ella dirigió la mirada hacia la ventana. El rostro se le alumbró con los faros de un auto que pasaba.

Olegaroy

(Alfaguara, 2017)

«El insomne le tiene miedo a la noche», escribió Olegaroy en un trozo de papel que acabó por perder. «El insomnio es peor que una pesadilla porque no existe la escapatoria de despertar», escribió Olegaroy en otro papel que también se perdió. Fueron tiempos en los que no había sospechado su propia grandeza, su cualidad de sabio universal o al menos local.

En un principio confundió sus máximas con ocurrencias. Así fue dejando sus escritos en cualquier sitio hasta olvidarlos como un recibo de tintorería o como un códice del siglo primero. Se cuenta que él mismo llegó a decir a sus colegas de la Academia Regiomontana de la Luna Llena que los historiadores del futuro compararían su muerte con la destrucción de la biblioteca de Alejandría; lo cual habría dicho en un arranque de excesivo amor propio y quizás bajo los efectos atolondrantes del insomnio. Sin embargo, lo más probable es que Olegaroy no supiera indicar dónde estaba Alejandría ni pudiera mencionar uno solo de los textos de aquella antigüedad; mas la idea de que en algún remoto pasado se había incendiado una gran biblioteca pertenecía al dominio de doctos e iletrados por igual.

Para las generaciones venideras será siempre difícil medir el impacto de Olegaroy en la cultura de Occidente, pues de sus escrituras sólo sobrevivió una obra inconclusa, inédita y de poco ingenio que tituló *Enciclopedia de la desgracia humana*. Aún hoy no se ha detectado que Olegaroy hubiese dejado huella siquiera en Monterrey, su ciudad natal de la que nunca salió por miedo de que el viaje en auto, tren o avión terminara en un accidente que le costara la vida. Ninguna idea tenía entonces de que cualquiera de las muertes que más

temía hubiese sido preferible a la que le reservó el destino.

Mas antes de hablar del final, debemos tomar el relato en su origen.

La biografía de Olegaroy no comienza con su nacimiento sino cuando contaba con cincuentatrés años, pues aun los grandes hombres salen animales del vientre materno y se dan a la luz sólo en el instante en que adviene una epifanía o se hace un descubrimiento o baja algún espíritu en forma de paloma o susurra el diablo al oído o simplemente cuando se topan con la historia a la vuelta de la esquina. Entre los estudiosos del legado de Olegaroy hay quienes aseguran que dicho momento coincidió con la llegada de la edición del 8 de abril de 1949 del periódico *El Porvenir*. Otros prefieren señalar el asesinato de Antonia Crespo como punto de partida. Unos más afirman que ambas cosas son lo mismo.

Evangelia

(Alfaguara, 2016)

Cuando Melchor, Gaspar y Baltasar llegaron a Belén de Judea, ya estaban cansados y enflaquecidos. Llevaban varios meses deambulando por tierras inéditas, tratando de descifrar adónde los quería llevar la estrella que se les había aparecido por orden de un dios ajeno para marcar el nacimiento del rey de los judíos, y en ese tiempo se habían gastado buena parte del oro que llevaban como obsequio junto con la mitad del incienso y la mirra. La estrella aparecía cuando estaba a punto de anochecer. Recorría la bóveda celeste como cualquier astro sin que los magos alcanzaran a entender qué derrotero o qué destino les indicaba, y por andarla persiguiendo, en vez de marchar por las rutas naturales de las caravanas, se descaminaron en más de una ocasión y estuvieron a punto de morir de sed en medio de esa aridez que sólo podría ser la tierra de promesa de un dios que a sus hijos les daba una piedra cuando le pedían pan. Ahora deseaban que ese futuro rey y, sobre todo, el padre de ese futuro rey, midieran las buenas intenciones por su nobleza y no por su peso. Varias veces estuvieron a punto de darse por vencidos, pues sabían que el dios de los hebreos había tenido a su pueblo dando vueltas por el desierto durante cuarenta años, tiempo suficiente para ir y venir cien veces por la ruta de la seda desde Chang'an hasta Damasco, pero que a los israelitas no les había alcanzado para ir de Egipto a Palestina. De hecho, llegó el momento en que Melchor dijo «no más» y dio la media vuelta, pero hubo de alcanzar a sus compañeros al día siguiente con almorranas y el cuerpo lleno de pústulas, lagrimeando de dolor a cada paso de su camello y pidiendo misericordia al tal Jehová de las venganzas.

Optaron por visitar al más célebre de los astrónomos de Babilonia, pero ni él les supo dar una pista. Apenas pronunció lo que cualquiera sabía: «Los astros orientan, pero no dan señas precisas». Verdad era que de un tiempo acá había surgido una estrella más brillante que las demás, y cada astrólogo y agorero y pitonisa de cada reino había encontrado en ella una señal. Le habían atribuido buenas y malas cosechas, batallas ganadas y perdidas, niños deformes, epidemias, esterilidad de las mujeres, sequías y otros cataclismos, pero el sabio de Babilonia no tenía noticia de que siquiera en la propia Judea le achacaran el nacimiento de un heredero al trono. Tampoco entendía por qué el celoso dios de los israelitas había de comunicarse con tres magos incircuncisos que comían puerco y cuyos dioses de cabecera eran Moloch, Melkart e Inanna, respectivamente. Acabó dándoles un consejo que por su obviedad podía confundirse con simpleza: «Vayan a Jerusalén. Ahí encontrarán al rey en su palacio.»

Herodes los hizo esperar una semana antes de recibirlos, tiempo suficiente para que esos magos preguntaran a cualquier doctor de la ley dónde había de nacer el rey de los judíos; mas ellos esperaron con ingenua paciencia. Como vestían con exquisito lino y seda en vivos colores y se colgaban joyas, llegó a correr el rumor de que eran reyes de alguna tierra lejana; mas si esto fuese cierto, tendrían que ser monarcas de la más humilde de las naciones, pues habían hecho el viaje solos, sin el séquito de dignidades, sacerdotes, comerciantes, sirvientes, odaliscas, eunucos y demás vasallos que de rigor acompañaban a las altezas venidas de oriente.

Por fin Herodes les concedió audiencia en una sala de su palacio. Luego de las presentaciones y protocolos, Baltasar preguntó:

—¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo.

—Adórenme entonces —Herodes se puso de pie y abrió los brazos—. Hace cuarenta años que el rey de los judíos soy yo.

Gaspar explicó que el rey nacido con la estrella sería en ese momento

un crío que no se sostiene en pie. Herodes aseguró que él no tenía otro sucesor que su hijo Antipas, a menos que él lo mandara matar o lo asesinaran sus hermanos o desde Roma se dispusiera otra cosa.

¿Por qué venían estos magos a importunar a un rey para pedirle direcciones? ¿Acaso lo confundían con un arriero en algún cruce de caminos?

Iba a ordenarles que se marcharan, mas de pronto se turbó al pensar que esos magos estuvieran en busca del mesías anunciado por los profetas.

Aunque le hubiese bastado con llamar a un rabino, su gusto por la grandiosidad hizo que convocara a los principales sacerdotes y a los escribas de Jerusalén para preguntarles dónde había de nacer el cristo. Ellos le dijeron:

–En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta: «Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guía que apacentará a mi pueblo Israel.»

Herodes llamó en secreto a los magos para saber de ellos el tiempo preciso en que había aparecido la estrella. Ellos redondearon la cifra en un año, extrañados de que los astrónomos judíos no estuvieran conscientes de tan magno evento sideral.

–Vayan a Belén y averigüen con sumo cuidado acerca del niño –les dijo Herodes–, y avísenme cuando lo encuentren, para que yo también vaya a adorarlo.

La estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que se estacionó justo sobre la humilde casa que ocupaban María y José; mas para apreciar tan precisa indicación, era menester un instrumento que no habría de inventarse ni en los siglos venideros. Los magos ya no hacían caso de ese lucero que los había traído por tanto tiempo a la deriva. Se mezclaron entre la gente de Belén y anduvieron preguntando si en el último año se había dado algún alumbramiento fuera de lo común o si corrían rumores de la llegada de un rey o mesías o salvador. La mayoría no sabía

ni cómo responder. Alguien les habló de un niño con seis dedos en la mano izquierda.

Lo cierto es que en la misma fecha en que apareció la estrella, los pastores en la región de Belén velaban y guardaban las vigiliass de la noche sobre su rebaño. Se les presentó un ángel, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor: «No teman», les dijo el ángel. «He aquí les doy nuevas de gran gozo. Ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto les servirá de señal: Hallarán al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre». Con el ángel apareció una multitud de las huestes celestiales, que decían: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!». Pero tal parece que los pastores no creyeron en sus propios ojos y oídos, o que olvidaron todo, o que más temieron cuando el ángel del Señor les dijo que no temieran, y prefirieron callar, pues nadie en Belén tenía alguna noción de que el mesías hubiese venido al mundo entre su propia gente.

Sólo José hijo de Jacob o de Elí, nieto de Matán o de Matat, bisnieto de Eleazar o de Leví, captó el fondo del asunto y se acercó a uno de los magos.

–Mi mujer parió la noche de la estrella –le susurró.

Mentira que tuviera conciencia de la relación entre el parto y el astro, mas no estaba para contar a cualquier desconocido las condiciones en que se había preñado su mujer.

Melchor le besó las manos, alzó la vista y estuvo a punto de agradecer a Moloch, pero se detuvo a tiempo.

–Vamos de una vez con este hombre –dijo a los otros–. Dejemos los obsequios y volvamos a nuestra tierra.

Cuando entraron en la casa, María dejó de amasar y se limpió las manos. Nada parecía indicar que ahí hubiese nacido un heredero a cualquier trono.

–Mi mujer y yo somos descendientes del rey David –dijo José con orgullo–, pero luego de veinte o más generaciones el dinero se malgasta y hasta el linaje más ilustre tiene que aprender un oficio.

Los visitantes se postraron ante la criatura envuelta en pañales y le ofrecieron oro, incienso y mirra. Explicaron que originalmente traían mucho más oro, pero el largo viaje les obligó a gastar la mayor parte.

–Si tu dios nos hubiese dado una línea recta, ahora serías un hombre doblemente rico –Baltasar dio a José una palmada en la espalda.

–De cualquier modo –intervino Gaspar–, para los niños no hay mejor obsequio que la leche materna.

–Se llama Emanuel –dijo María–, que quiere decir «Dios con nosotros».

–Buen nombre –dijo Melchor–. Emanuel rey de los judíos.

José dirigió una mirada de advertencia a María, pero ella no la captó.

–Reina –dijo con orgullo–. Mi hija va a ser reina, como Ester.

Los tres magos tomaron sus obsequios y se marcharon. Cansados de las bromas del dios de los judíos, ya no regresaron con Herodes ni buscarían más a ningún recién nacido. Decidieron correr el riesgo de que en su retorno a casa se los tragara la tierra o los desangrara una plaga de pulgas o se convirtieran en estatuas de sal o les cayera encima la maldita estrella que nunca supo indicar el sitio de un nacimiento pero bien habría de marcar el punto exacto en el que murieron chamuscados tres ingenuos magos que vinieron del oriente a buscar a un reyezuelo que se orinara en su ropón.

La ciudad que el diablo se llevó

(Alfaguara, 2012)

Si, queridos amigos, cuando Stanisław August Poniatowski, el último de nuestros bien o mal amados reyes, dio su anuencia para que se construyese el cementerio Powązki, tenía presente una verdad muy sencilla: los varsovianos solemos morir. Claro que la guerra aceleró las cosas, pero nuestra ciudad tenía en tiempos de paz alrededor de cincuenta difuntos diarios; eso nos da cerca de cien mil durante el periodo en que nos ocuparon los nazis, así que habrá que descontarlos de las estadísticas finales. Era un desatino que luego de un bombardeo me llevaran cadáveres de tuberculosos o de alguien que rodó por las escaleras o de un viejo que no pudo más con su vejez o de una mujer que se quedó en el parto; eran muertos de segundo orden, pues no llevaban la aureola de víctimas, sino de meros impertinentes. Y sin embargo, para todos hay espacio. Tenemos cementerios para cada credo y clase social y rango militar; con lápidas individuales y colectivas. Los tenemos también para epidemias, y si gozáramos de terremotos o inundaciones, ya nos habríamos inventado camposantos para esos cataclismos. Hay también criptas en iglesias e incontables fosas comunes y clandestinas. Eso sin tomar en cuenta que ahora buena parte de la ciudad es un cementerio. Las plazas están repletas de tumbas temporales que se están volviendo permanentes; y basta levantar un poco de escombros para hallarse a una familia entera en la cocina, un niño en el ropero, una madre en huesos, un abogado bajo su escritorio, una beata sin rodillas. Se remueve una losa y ahí está la abuela todavía con sus agujas de tejer.

Ludwik no mencionaba nombres de muertos o deudos ni fechas. Evitaba los detalles específicos de su oficio, y sus amigos suponían que no se

trataba de una discreción natural sino del modo de inducir a que le diesen más alcohol, pues después de una ración de vodka le vendría la voluntad de parlotear precisamente cuando su lengua, torpe y flácida, se resistiera a hacerlo.

Entonces decía cosas como: ¿Recuerdan a la señora Kukulska? Créanme, amigos, era más bella de lo que se contaba. Luego bajaba la voz para agregar: Tengo para mí que su marido nunca la tocó.

Discutían si un cadáver podía ser bello, si de veras Ludwik tenía el modo de sondearle la castidad, si los muertos eructaban o abrían los ojos en la Noche de San Juan.

Tildaban de falsas muchas de sus anécdotas, pero qué más daba la verdad si se podía imaginar a la señora Kukulska inmóvil y desnuda.

El padre Eugeniusz disfrutaba la compañía de hombres que podían emborracharse, hablar de mujeres y de la vida sin mencionar a dios. Le gustaba que le llamaran por su nombre, y que, a diferencia de las mojigatas de iglesia, le tuvieran poca tolerancia si decía alguna estupidez.

Salud, hermanos.

Sorbían el pico de las botellas y soltaban preguntas que Ludwik había respondido en numerosas ocasiones.

¿Es verdad que hay muertos que están vivos?

Eso es bien sabido. Bailan, cantan, hacen el amor.

¿Y se matan unos a otros?

Eso nunca.

¿Es verdad que en invierno guardan los despojos en un cobertizo hasta que llegue la primavera?, preguntó Feliks.

Ludwik movió la cabeza en vaivén. La naturaleza es sabia; en invierno ni la tierra se escarba ni los muertos apestan.

Eso lo entiendo si hay que enterrar a uno o dos. ¿Pero qué haces con miles de varsovianos esperando la primavera?

La botella de Ludwik estaba vacía. Kazimierz hubo de darle otra.

¿Es cierto que envuelven a los muertos en una manta y venden de nuevo los ataúdes?

No llegaba la respuesta porque alguien preguntaba a cuántos metros de profundidad debía estar una fosa común.

¿Qué es el polvo blanco que le echan a los cadáveres?

¿Existen los fuegos fatuos?

¿Puedo verla?, le susurró Kazimierz a Ludwik.

¿A quién?

A la señora Kukulska.

Ludwik lo observó un rato para saber si hablaba en serio. Amigo mío, un pollo muerto despierta más el apetito que uno vivo. Con las mujeres no pasa lo mismo.

Pregunté si podía verla.

Date una vuelta el día que gustes. Vayan todos, porque hay que levantar una losa muy pesada.

Feliks se acercó a una ventana sin cristal y puso la mano sobre el sombrero para que no se lo llevara el viento. Luego de apoyarse en una viga fracturada, escupió hacia la plaza Napoleón. No escuchó el aterrizaje.

Se hallaban en el quinto piso de la torre Prudential. El plan original había sido llegar hasta la azotea y mirar desde allá el mar de piedra en que estaba convertida la ciudad.

No llegaron tan alto. Eran tres hombres arriba de sesenta años y uno con pocos recursos físicos. Hallaron fragmentos de escalera y varillas retorcidas que les sirvieron para ir trepando. Cuando buscaban la ruta al

sexto piso, Ludwik se sentó en un rellano.

Subir sobrios es complicado; bajar borrachos será la muerte.

Cada quien colocó en el centro su aportación para la velada. Sumaron cinco botellas y un par de embutidos. De inmediato se pusieron a beber.

La noche refrescó y el esqueleto de edificio fue poca cosa para atajar los vientos. Feliks se lamentó por no haber llegado hasta la azotea. Desde allá habría jugado a reconocer calles y sitios. Un juego difícil. Ahora mismo tenía enfrente la plaza Napoleón, pero había que descubrirla bajo las toneladas de ladrillo, concreto y cascajo.

Padre, dijo Ludwik, bendícenos el vodka para emborracharnos a gusto.

Ante su negativa, el propio Ludwik se arrodilló y alzó un par de botellas por sobre su cabeza.

Deus nostro fiat aquam vitae benedictus et nos beberis.

Ten cuidado, le advirtió Eugeniusz. Es obvio que no sabes latín, pero jugando con las palabras podrías dar con una secuencia que fulmine tu alma para siempre.

Ludwik se tambaleó junto a una abertura en el suelo que lo enviaría a una caída de quince metros. ¿De verdad existen esas palabras?

Sí, respondió Eugeniusz; aunque no las he descubierto.

Escríbelas en un papel cuando las tengas. Te prometo que no lo leo. Lo llevaré en mi cartera como una cápsula de cianuro.

No podría. Apenas las termine de escribir seré exterminado.

¿Y de qué te sirven tantos años de sacerdocio? ¿No puedes pedir perdón?

Ya basta. Dio un trago. Hoy quiero ser un laico disoluto.

¿Entonces por qué traes tu mochila con la extremaunción?

Para que me dejen salir del convento, Eugeniusz se desabotonó la sotana.

Y por si te caes en ese hueco, se sumó Kazimierz. Desde acá arriba te echamos el agua santa.

No hemos brindado por la vida, dijo Feliks.

Los cuatro se acercaron y chocaron las botellas.

Por la gracia de estar en este mundo, propuso Ludwik, y los otros corearon el brindis.

Luego de varios tragos, ya no importaba si Eugeniusz era cura o capellán, franciscano o jesuita o fariseo, pues en ese quinto piso del derruido edificio Prudential los cuatro ebrios eran por igual hijos amados en los que algún dios lejano tenía sus complacencias.

Artículos

Si yo fuera dios

Hablaría con las beatas. Les diría que ya estoy volviéndome loco con tanta repetición de avemarías y padrenuestrros, que por culpa de ellas me puse tapones en los oídos y ahora no escucho a nadie. Señoras, pónganse a leer poesía, a Sor Juana, a San Juan de la Cruz, también a Sabines y Gorostiza y Villaurrutia. Trabajen toda la vida en escribir un poema, un gran poema con el que me van a adorar y sólo recítenmelo una vez, pues soy dios y entiendo a la primera.

Si fuera ese dios que está en todas partes y todo lo ve, me sonrojaría un poco por vigilar a las adolescentes en la ducha. Haría el propósito de quitarme el maldito vicio de meter las narices donde no me llaman, de pillar a los niños cuando mienten.

Me causaría ternura la gente que en verdad cree que la fe mueve montañas, como si no les bastaran miles de años de historia para concluir lo contrario. Supongo que despreciaría al papa por inventarse que es mi embajador, por predicar que soy un postestalinista que envía a un gulag ardiente a cualquier librepensador.

A los que me llaman Alá, les diría que me encanta el alcohol y otros excesos, que me parezco más a Dionisio que a esos tediosos todopoderosos inventados en Oriente Medio. Es más, recordaría con nostalgia las formas y modos que me dieron en la Grecia antigua; agradecería sus versos, mi protagonismo en sus relatos.

Sobre todo, les agradecería a esos helenos que no me dejaron solo, pues

con la invención del monoteísmo me pegaba unas aburridas sin fin. Me quitaron a Afrodita y resultaba que para estar con una mujer había de enviar un emisario que la preñara por telepatía.

Si yo fuera dios preferiría escribir mi mote en minúsculas. Por favor nadie me llame Dios Toscana. Me parecería un exceso que el pronombre “él” lleve mayúsculas cuando se refiere a mí. Si yo obedezco las leyes naturales, ¿por qué no obedecen ustedes las ortográficas? La RAE dice que la mayúscula es señal de respeto, como si llamarle a alguien Idiota fuese más respetuoso que simplemente idiota.

Quizás lo que menos me gustaría de ser dios sería lidiar con los muertos de cada día. Alrededor de 300 mil diarios, venidos de todo el mundo, llamándome con distintos nombres y adorándome a su manera. Mentira que tengo don de lenguas. Hay gente que pasó la vida orando y no le entendí ni jota. Ahora será muy cansado explicarles que la eternidad y la inmortalidad del alma y la reencarnación son cosas que se inventaron ellos solitos, hacerles ver que el hombre, después de muerto, tiene la misma suerte que un pinacate. Es triste verlos marcharse, cabizbajos, hacia el no ser.

Cuando estoy cansado, mando a Aristóteles para que los eche. Con su toga, barba y mirada inteligente, bien da el gatazo de ser dios. Sócrates no, pues es muy feo.

Ya hablé más de la cuenta y entonces debo confesar que a algunas personas sí las recibo en el paraíso. Son filósofos, escritores, artistas, científicos, lectores astutos, quienquiera que dedicó la vida a cultivar el cerebro. La gente ordinaria aburre en un minuto. ¿Qué serían los siglos de los siglos con tipos sin conversación, sin ideas, con gente que pasó la vida viendo tele y fútbol?

También confieso que no la pasamos siempre conversando, y el desequilibrio que nos dejó la historia lo remediamos con las once mil vírgenes.

El placer de la relectura

Leer una novela para enterarse de quién es el asesino es una manera muy pobre de disfrutar la lectura. Si de eso se tratara, la novela no sería una de las bellas artes. Y sin embargo, esa es la razón por la que lee la mayoría de la gente.

Una vez le dije a un escritor español de novela policiaca: Me hubiese gustado que tu detective no atrapara al culpable.

Entonces no sería novela policiaca.

¿Qué importa?, le dije. Podrías hablarme de la frustración del detective.

Eso no se vende, me contestó.

Al menos respeté su respuesta, por sincera.

Hay, en cambio, ciertas novelas que buscan lo sublime. Dejar en el lector esa sensación de haber encontrado epifanías, belleza, frases perfectamente dichas, armonía, la celebración de estar vivo y leyendo. Hay frases que se leen y uno quiere gritar como se grita un gol.

Ese mundo lo tienen pocas novelas y lo entienden muy pocos lectores.

Hace tiempo en un taller de lectura les pedí a los asistentes que trajeran un párrafo que los hubiera impactado. La mayoría trajo cosas banales que parecían extraídas de un motivador. Uno de ellos, en cambio, leyó el fragmento del sueño de los cuartos infinitos de José Arcadio Buendía.

Leer una novela para enterarse de quién es el asesino es una manera muy pobre de disfrutar la lectura. Si de eso se tratara, la novela no sería una de las bellas artes. Y sin embargo, esa es la razón por la que lee la mayoría de la gente.

Una vez le dije a un escritor español de novela policiaca: Me hubiese gustado que tu detective no atrapara al culpable.

Entonces no sería novela policiaca.

¿Qué importa?, le dije. Podrías hablarme de la frustración del detective.

Eso no se vende, me contestó.

Al menos respeté su respuesta, por sincera.

Hay, en cambio, ciertas novelas que buscan lo sublime. Dejar en el lector esa sensación de haber encontrado epifanías, belleza, frases perfectamente dichas, armonía, la celebración de estar vivo y leyendo. Hay frases que se leen y uno quiere gritar como se grita un gol.

Ese mundo lo tienen pocas novelas y lo entienden muy pocos lectores.

Hace tiempo en un taller de lectura les pedí a los asistentes que trajeran un párrafo que los hubiera impactado. La mayoría trajo cosas banales que parecían extraídas de un motivador. Uno de ellos, en cambio, leyó el fragmento del sueño de los cuartos infinitos de José Arcadio Buendía.

Uta, me dije, esto es pura belleza. Y apenas regresé a casa tomé el libro para volverlo a gozar.

Leer mil libros no nos garantiza que podamos disfrutar de la literatura como una de las bellas artes; pero es fácil distinguir a un lector literario. Es el que relee dos, cinco, diez o quince veces sus libros preferidos, pues no le resulta importante lo que va a pasar, sino que desea recorrer una vez más esos imponentes paisajes hechos de palabras.

Dichos paisajes los apreciamos distinto cuando los leemos a distintas edades, con otros estados de ánimo, otros recuerdos, otros amores, otras

Recuerdos de la mala literatura

Cursé la secundaria en los años setenta, para ser precisos, de 1973 a 1976. Supongo que mi escuela no era muy dada a las artes literarias, pues de las aulas no tengo el recuerdo de Sor Juana o Rulfo u Onetti o Fuentes o García Márquez, sino de algunas lecturas que hoy me darían vergüenza.

En 1973 el libro de mayores ventas fue *Juan Salvador Gaviota*, de Richard Bach. Y ahí estábamos todos leyendo, explicando lo obvio, subrayando frases como “Juan evocó en su pensamiento la imagen de las grandes bandadas de gaviotas en la orilla de otros tiempos, y supo, con experimentada facilidad, que ya no era sólo hueso y plumas, sino una perfecta idea de libertad y vuelo, sin limitación alguna”.

Sí, muchachos, nos decía la maestra. Ustedes pueden ser lo que quieran ser, volar alto, ser libres. Y nosotros nos creíamos Juanes Salvadores, cuando no éramos sino la manada.

El libro, además de cursi y lugarcomunesco, tenía malas fotografías e ilustraciones ramplonas sin otro propósito que aumentarle páginas. Encima, venía de una editorial española, con esos gachupinismos que nos causaban erisipela:

“Para comenzar”, dijo, con un sonrisa seca, “llegasteis todos un poco tarde al momento de juntaros.”

Al año siguiente leímos aquel de los supervivientes de los Andes. Y, pese a la queja de algunas beatas, en algún momento nos encargaron *Pregúntale a Alicia*. Quizás eso nos mantendría fuera del mundo de las

drogas o quizás aprenderíamos algunas mañas. Del libro de los supervivientes me quedaron muchas imágenes, del de Alicia no recuerdo casi nada.

Como todos, hube de memorizar un poema. Declamé “El seminarista de los ojos negros”. Los versos tenían la requerida carga sentimental, sobre todo ahí donde dicen:

La niña angustiada miraba el cortejo
los conoce a todos a fuerza de verlos...
tan sólo, tan sólo faltaba entre ellos
el seminarista de los ojos negros.

Pero apenas era para declamarse entre los compañeros. Si uno aspiraba a participar en las asambleas con los padres de familia, eran dos los poemas reglamentarios: “Por qué me quité del vicio” y el de “mamá, soy Paquito”. Si los respectivos declamadores lloriqueaban, más se les aplaudía, aunque ya les brotara el bigote, aunque nadie entendiera eso de “cubierto de jiras, al ábrego hirsutas” ni mucho menos aquello de “y un cielo impasible despliega su curva”.

Y entre todas las obras maestras de la literatura, ¿qué otra maravilla se eligió en mi escuela como lectura obligatoria? *El triángulo de las Bermudas*, que creo que todavía está de moda entre algunos sobrenaturalistas.

A veces pienso que la escuela debería ser el sitio donde la gente se educa; a veces la idea me parece una utopía. Y sin embargo veo que hasta la mala literatura deja alguna huella. Deja recuerdos del libro y de haberlo compartido. Nos deja una frase que evoca algún tiempo.

El propio bachiller Sansón Carrasco dice que: “No hay libro tan malo que no tenga algo bueno”. Supongo que es verdad. Mas los malos libros han de servir como escalón; jamás como cúspide. A cualquier lector ha de llegarle el momento en que, como el cura y el barbero, deba enviar ciertos libros a la hoguera. Y ahí donde hubo malos libros, cenizas quedarán.

Libros expósitos

De vez en cuando me encuentro por la calle algún libro expósito. Veo si es de mi interés y decido si dejarlo donde está o llevarlo a casa. El último que rescaté fue un tomo segundo de *Guerra y paz*, publicado por el Círculo de Lectores y traducido por Serge T. Baranov y N. Balmanya. Comparé la traducción con la que siempre he leído, de Irene y Laura Andresco, publicada por Aguilar, y me gustó más la segunda por prosa y precisión. Además desconfié de la edición del Círculo de Lectores porque tiene aroma a refrito, y utiliza formas que parecen venir del inglés, transcribiendo los nombres al estilo anglo, Volkhonsky, Bezuhkov. Me quedé con el libro, pero ya no hice el intento de conseguir el primer tomo.

Alguna vez vi sobre un basurero un libro gordo y bien encuadernado. El título era *La casa veneciana*, de Mary Nickson. Me dieron ganas de acabar de empujarlo hacia los desperdicios, pero me faltó el ánimo de un censor. Quizás de haberse tratado de un Paulo Coelho sí lo hubiese condenado.

Entre los libros expósitos hay unos que ya nadie quiere: las enciclopedias. Así como el video mató a la estrella de radio y las series están matando al libro, Wikipedia hace tiempo que sepultó a las enciclopedias. No sé en qué año se habrá imprimido la última. Las librerías de viejo suelen tener carteles así: “Compramos todo tipo de libros excepto enciclopedias”. Y alguien que alguna vez mostró con orgullo los más de cien volúmenes de la Espasa-Calpe tiene ahora un lastre en el librero. Algunas librerías la anuncian a precios de venta que van de los doscientos a los quinientos euros, pero imagino que el envío por correo triplica ese precio.

Esta semana me mudo de casa y no quise hacer sitio para una enciclopedia

Salvat-El País que heredé de un vecino junto con varios centenares de libros expósitos. Nunca la consulté en los dos años y medio que fui su feliz poseedor. Antes de tomar la decisión final, abrí un tomo y consulté la palabra “tortilla”. El texto nos revela que en México es “pan ázimo que se hace palmeando entre ambas manos una bola de masa, generalmente de harina de maíz, o sujetándola a presión para extenderla en forma circular y cocerla después”. Puedo imaginar a un turista español en alguna tortillería: “Deme un kilo de pan ázimo de harina de maíz”. Si se compara con la información que se da sobre la tortilla en Wikipedia se entenderá por qué nadie quiso aceptarme la enciclopedia expósita.

La coloqué sobre un pretil frente a mi edificio. La gente pasaba y miraba con poca curiosidad. Alguien llegó a toquetear algún tomo.

Cada madrugada a las tres y media pasa el camión de la basura. El operario examinó los volúmenes unos segundos y los echó en dos lotes con el resto de los desperdicios. No ha de ser la primera vez que toma tal decisión pues la realizó con la frialdad de un matarife. Yo me sentí como aquellos espartanos que abandonaban a los niños con defecto en el monte Taigeto para que los devorara alguna fiera.

Recuerdo que en 1992 me tocó a la puerta un vendedor de la Enciclopedia Hispánica. Dijo que estaba muy actualizada y con sumo orgullo agregó: “Ya aparece Salinas de Gortari”. Poca cosa en este mundo que se actualiza en un minuto.

Pero no todo lo enciclopédico ha de estar puesto al día. Ciertos artículos sobre arte e historia suelen ser más interesantes, sagaces y profundos en textos antiguos. Por eso, aunque me deshice de la generalizadora enciclopedia Salvat, sí guardo y consulto amorosamente la Enciclopedia de Cocina Salvat, editada hace cincuenta años; pues los callos a la madrileña o las variedades de paellas siempre salen mejor con las recetas de la abuela.

La soledad del corredor del fondo

Comencé a correr en los años setenta en Monterrey. El tráfico era más amable, pero no los conductores o pasajeros de autos, que ante la todavía novedad de ver a alguien corriendo se veían tentados de soltar algún denuesto o arrojar una lata de refresco. Las chicas decían algo sobre mis piernas, pero a los hombres no nos incomodan las lisuras. Aún no existía el Walkman, así es que nadie escuchaba música mientras corría.

Cuando galopaba largas distancias, preparándome para un maratón, entraba en contacto con aspectos cardinales de la condición humana: el entusiasmo, el individualismo, la soberbia, el dolor, el cansancio, el heroísmo, la juventud, la inmortalidad, el desaliento, la fuerza de voluntad, la libertad y la soledad.

Hasta parece que Lope de Vega corría cuando escribió:

A mis soledades voy
de mis soledades vengo
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

Así como los filósofos tienen en Heidelberg su *Philosophenweg* y tal como Immanuel Kant siempre necesitó de sus caminatas para pensar, quien tenga alma de escritor o poeta podrá suponer que en cualquier sitio que elija para correr ha de existir un *Dichterweg*. Siempre he hablado de lo normal: que

me hice escritor leyendo; pero debo decir que también corriendo. Tengo deuda con Cervantes y con Lasse Virén.

En algún momento me enteré que Alan Sillitoe había escrito una historia titulada *The Loneliness of the Long-Distance Runner*, pero dejé pasar años antes de leerla, pues supuse que el título era más sugerente que la narración. Trata de un chico al que ponen a correr en el reformatorio. Él dice: “El asunto de correr largas distancias es lo mejor, porque me hace pensar tan bien, que aprendo cosas aún mejor que cuando estoy solo en cama”. Luego agrega: “Es un privilegio, ser un corredor de fondo, solo, apartado del mundo sin un alma que te ponga de mal humor o te diga qué hacer... A veces pienso que nunca he sido tan libre como en ese par de horas en las que troto por el sendero”. Vale la pena leer esta historia, aunque no llegue a alcanzar el nivel artístico y espiritual que sugiere el título.

También recomendable es *Lovelock*, de James McNeish. La historia del neozelandés ganador de la medalla de oro en Berlín, su relación con Otto Peltzer, el corredor que Hitler encarceló por ser homosexual, y su hartazgo por romper marcas mundiales cuando lo que él deseaba era convertir una carrera en una obra maestra. Jack Lovelock, con su eterna cara de mocosito inglés, acabó muerto bajo las ruedas del metro de Nueva York, quién sabe si accidental o voluntariamente.

Alguna vez escribí una novela sobre un maratonista que corre en solitario, estableciendo su línea de salida en la catedral de Monterrey, arrancando al mismo tiempo que los competidores olímpicos de 1924, para medirse contra ellos. Muy conmovido quedé cuando ese año los organizadores del Maratón de Monterrey decidieron marcar la salida en la propia catedral de Monterrey para homenajear al modesto maratonista de ficción.

En el 2003 estuve viviendo en Berlín. En una pista frente la *Auguste-Viktoria-Strasse* me inventé una celebración: mi cumpleaños maratón. Para los que aún estén a tiempo de hacerlo, les diré en qué consiste: en correr la distancia de un maratón el día en que se cumplen 42 años y 195 días. En la meta puede esperar una botella de champaña.

Ahora que vine a vivir a las montañas estoy recuperando el gusto por correr, ganando poco a poco distancia y velocidad. Me siento bien, pero no voy a caer en ese lugar común y absurdo de decir que me siento como si tuviera veinte años, porque sólo un veinteañero puede sentirse así, aunque no todos. Por eso Chéjov parafraseó a Pushkin: “Bendito el que fue joven en su juventud”.

Me sobreviven aspectos de la condición humana que experimentaba corriendo cuando joven; pero al frisar los sesenta, se suma el presentimiento de la muerte, la finitud, las ilusiones perdidas, las oportunidades perdidas, el paso del tiempo que ya no se mira en el cronómetro sino en el calendario, los que ya se fueron, la nada, y esa frontera del esfuerzo que dice “prohibido pasar”, a menos que quiera tener como lugar de fallecimiento un camino de terracería en la sierra de Guadarrama junto a un pueblo llamado Peguerinos.

Mientras tanto, con la respiración entrecortada y las piernas sumidas en nostalgia, vuelvo a saber que la soledad del corredor de fondo es la más bella de las soledades.

Quien lo probó, lo sabe.

Lo que se aprende en las novelas

En *Humillados y ofendidos*, Dostoyevski tiene un personaje que celebra la prosa y denuesta la poesía. Pues “los versos son absurdos”, mientras que “en prosa se puede instruir a la gente, se puede hablar del amor a la patria, de la virtud”.

Me espanta pensar en una novela instructiva o didáctica, y sin embargo es verdad que leyendo narrativa se aprende bastante. Don Quijote es mi maestro en muchos sentidos, sobre todo ha sido mi profesor de ética; también he aprendido con él mucho sobre la osadía, incluso más que con la *Ilíada*; da lecciones sobre la libertad de acción, expresión y pensamiento, y basta leerlo o escucharlo leer para comprender las bondades de nuestro idioma español.

Alguien puede decir que una novela no ha de ser didáctica o moralizadora, pero lo cierto es que en muchos pasajes don Quijote es didáctico y moralizador. Muchos diálogos con Sancho tienen este tono, sobre todo cuando le da consejos para gobernar. Y ya no digamos el discurso de las armas y las letras, en el que da preeminencia a las armas porque:

“Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigiliyas, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas a estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida.”

Dos frases de don Quijote llevo siempre en la cabeza desde que lo leí por primera vez. “Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”. Y otra que sirve como acicate: “Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro”.

Supongo que aceptar de buena gana a don Quijote como un sabio que nos da lecciones está en la magia de la prosa de Cervantes. Si lo comparo con Tolstói, veo que el ruso fue un grandioso novelista cuando quiso contar historias, pero se volvió fatigoso e irritante cuando se propuso moralizar. A Posdnichev, el protagonista de *La sonata a Kreutzer*, dan ganas de cerrarle la boca; cosa que se logra cerrando el libro. Resurrección o cuentos como *¿Cuánta tierra necesita un hombre?*, son chafos al estilo de *La madre* de Gorki.

“Nuestra alimentación excitante y demasiado abundante, junto con la ociosidad física más completa, no es otra cosa que la incitación sistemática a la lascivia”, dice Posdnichev. O bien, entre tantas otras bobadas: “Vaya usted a decirle a una madre o a su hija que no se preocupan más que de la caza del marido. ¡Qué ofensa! ¡Dios mío! Sin embargo, no hacen otra cosa, ni tienen otra cosa que hacer.” El detalle es que Tolstói no creó Posdnichev como un cretino insufrible, sino como su propio portavoz.

Comparemos las frases de Cervantes sobre la libertad y el hacer, con ésta de Gorki, que parece salida de un libro motivacional: “Cuando se marcha hacia adelante, hay que luchar incluso contra uno mismo. Hay que saber sacrificarlo todo, hasta el corazón. Consagrar la vida a una causa, morir por ella, no es difícil. Sacrifica más, sacrifica también lo que te es más querido que la vida: entonces, crecerá con fuerza lo que de más caro hay en ti, ¡tu verdad!”. Casi escucho *you are a child of the universe* y la voz de Manuel Bernal.

Mucha gente recela lo contrario: que las enseñanzas en las novelas sean inmorales y por eso muchas obras han sido censuradas, sobre todo para las mujeres, y los novelistas han sido perseguidos. Pero lo que mayormente

asustaba en ellas eran cuestiones sexuales, la famosa “obscenidad”. Ahí están *Lolita*, *El amante de Lady Chatterley*, *Ulises*, *Moll Flanders*, *Madame Bovary*, *las obras del Marqués de Sade* y tantas otras.

Curioso es que Dostoyevski no ha corrido con esta suerte de censura cuando tiene las escenas más perversamente eróticas entre los clásicos del siglo XIX. Él mismo llegó a espantarse con un episodio que escribió para *Demonios*, y decidió encajonarlo, mas por fortuna su viuda lo dio a la luz y forma parte de la novela en ediciones no mojigatas. En muchos pasajes violentos de Dostoyevski es difícil detectar si hay espanto o fruición. “¿Han presenciado ustedes cómo el campesino le pega a su mujer?”, pregunta Dostoyevski y responde: “Después de atarla o meterle los pies en los orificios que previamente hizo en una tabla, procede a zurrarle a la consorte de un modo metódico, frío, hasta serio, a golpes acompasados... escuchando sus gritos y súplicas con delectación”. Y pasa a narrar más atrocidades, con la justificación de “La vida del campesino carece de goces estéticos... música, teatros, periódicos y, naturalmente, tiene que llenar con algo ese vacío”. Nos habla luego de que el campesino se aficionó a colgar boca abajo a su mujer, “como hacía con las gallinas”. Y continúa: “La colgaba y se ponía tan tranquilo a comer sus gachas... volvía a coger una correa y se liaba con ella a golpes...”.

Cito este pasaje meramente violento; pero quien haya leído completo a Dostoyevski, sabrá que en muchas historias se mezcla esta misma violencia con erotismo y también con pederastia.

Los clásicos nos aleccionan, nos guían en muchos temas de la condición humana, aunque no todas las lecciones han de ser morales o edificantes. No todas las obras pueden forzarse para que hablen con una moral presente. Y no todos los valores humanos son valores en cada momento de la historia. Pienso, por ejemplo, en la idea de libertad. Suena bien, pero a veces se convierte en un valor jerárquicamente inferior a la obediencia.

Pensaba en estas cosas cuando escuchaba un debate sobre la *Odissea*. ¿Qué enseñanza moral podía darnos un hombre que mata a los ciento ocho pretendientes de su mujer? Sin darle muchas vueltas, quizás enseña que un hombre debe matar a los ciento ocho pretendientes de su mujer.

Esta plaquette se terminó de editar y diseñar en
Mérida, Yucatán, México el 10 de marzo de 2024.



Semblanza

David Toscana

Nació en Monterrey, en 1961. Ha publicado una decena de novelas. Fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León, formó parte del International Writers Program de la Universidad de Iowa y del Berliner Künstlerprogramm. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores. Su novela *El último lector* recibió los premios Antonin Artaud, Colima y José Fuentes Mares; *El ejército*

iluminado recibió el premio José María Arguedas, otorgado por Casa de las Américas. Ha sido dos veces finalista del Premio Rómulo Gallegos, con *El último lector* y *El ejército iluminado*. Su obra se ha traducido a diecisiete lenguas. En 2016 la Universidad Autónoma de Nuevo León lo distinguió con el Premio a las Artes; y en 2017 obtuvo el Premio Villaurrutia por su novela *Olegaroy*, así como el Premio Elena Poniatowska. Sus relatos se han publicado en una decena de revistas y periódicos; y algunos de ellos se han incluido en diversas antologías. Es colaborador regular del suplemento *Laberinto* desde 2010. En Brasil se hizo una versión fílmica de su novela *Santa María del Circo*. Tres de sus novelas se han adaptado para el teatro: *Santa María del Circo*, *El ejército iluminado* y *Olegaroy*. Ha escrito para diversos diarios, suplementos y revistas. Su más reciente novela, *El peso de vivir en la tierra*, recibió el premio Mazatlán y el Premio Bienal de Novela Mario Vargas Llosa. Recientemente se le otorgó el Premio Excelencia en las Letras “José Emilio Pacheco” 2024.